

EL ARQUITECTO MODERNO

LA ENSEÑANZA DE LA ARQUITECTURA

(Cuartillas de un libro en preparación, así titulado.)

.....
Dejemos las excursiones colectivas, efectuadas bajo la dirección del profesor, y pasemos á estudiar las ventajas de las excursiones individuales.

Vagar por una ciudad, los primeros días, abandonándose al azar, indagando, adivinando el espíritu de las cosas, el objeto para que fueron hechas, la época y el estilo á que pertenecen, sin plan ni guía, es experimentar un gozo, una sensación de arte tan difícil de definir como difícil de apartar de nuestro recuerdo.

La belleza, en sus varias manifestaciones, estará prodigada, y cada hallazgo, cada encuentro fortuito, herirá nuestra alma con sacudidas que acrecentarán la impresionabilidad del sentimiento artístico.

¿Qué mejor gimnasia para educar la sensibilidad y el instinto prodigioso de la orientación, casi desaparecido?

En una población como ésta—dice Taine, al entrar en Florencia—todo se presenta ante mí sin orden: en este revuelto mar de siglos y obras, ¿cómo voy á pretender que todo se me presente cronológico, claro en sus derivaciones y estilos? Indudablemente antes de leer hay que hojear.

Respirar el perfume de los siglos; conmoverse con satisfacción ingenua y profana, prescindiendo de fechas, nombres ó anécdotas; inquirir el objeto, la disposición, el destino, es, sin duda, el mejor tributo que podemos ofrendar á la Belleza.

Una torre, á lo lejos; un río; la silueta de un monumento; el peristilo de unas columnas; la monumentalidad de una fachada; un portón, entreabierto, que nos descubre el apacible rincón de un patio... ¿quién negará que atraen y que guían al errante que se entrega á sus encantos?

Acaso, ¿no gusta llegar á una población desconocida, y, dejando el equipaje consignado en la estación, lanzarse á pie, á descubrir las arterias principales, el alojamiento, mejor que embaularse en el coche del hotel?

Las vías férreas, que desembocan donde conviene, descentran la vida de las antiguas poblaciones, y su glacial acceso, ¿cómo comparar con el de las puertas monumentales, con el de fieros puentes, que conducían á la catedral, á la plaza, al centro?

En Roma, la plaza del Pópolo, el antiguo ingreso, era el vestíbulo digno de la magnífica ciudad, y preparaba, con grata impresión, al viandante que llegaba ansioso de visitar la ciudad de los Césares, la capital del arte y del mundo cristiano. El primer obelisco se interponía á su paso, y las dos iglesias, flanqueando el ingreso, indicaban la ruta con el rosario de plazas, fuentes, templos y palacios.

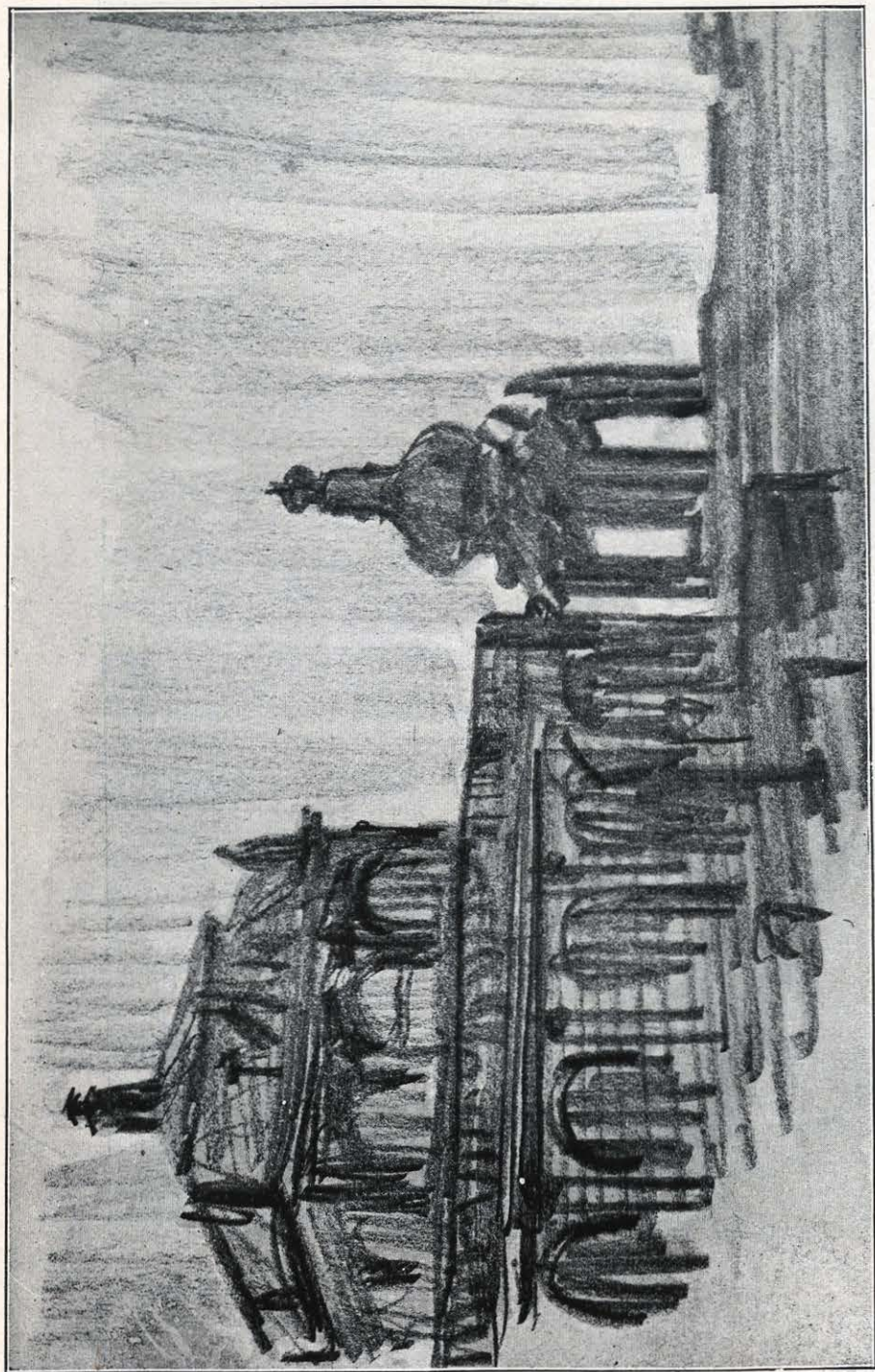
Hoy, con los ingresos vulgares, sobre todo en la mayoría de las poblaciones italianas, que tienen su Corso Victor Manuel y Garibaldi, nombres con que designan las arterias principales, no es difícil orientarse. Sólo, sin la impedimenta del equipaje, puede visitar el viajero los hoteles—deduciendo de su aspecto exterior si le conviene ó no—y alojarse en el preferido. Manda retirar de la estación el equipaje, y queda en disposición de continuar la exploración iniciada á la llegada. Lánzase á la vía pública, y al tiempo que observa cuanto halla á su paso, va orientándose, tomando como norte de sus paseos, ó como faro, una torre, un edificio que por su especial disposición, por el color ó por la altura se diferencia de los demás.



LA TORRE DE LA HOF-
KIRCHE (DRESDE).

APUNTE DE VIAJE, DEL
ARQUITECTO SR. ANASA-
GASTI.





EL ZWINGER (DRESDE)

APUNTE DE VIAJE, DEL
ARQUITECTO SR. ANASA-
GASTI.



En las callejas angostas, de caprichoso trazado, que generalmente rodean la catedral ó el ayuntamiento, encontrará el núcleo más típico, la vida característica de la antigua población y su aspecto local. Allí duermen la Historia y el caudal que los siglos han petrificado; la obra arquitectónica del tiempo, modelada en las formas más opuestas, compenetradas armoniosamente.

Las poblaciones de topografía accidentada—Roma, Toledo, Lisboa, Granada, Bamberg, Avila—son siempre interesantes, á pesar de las transformaciones que sufren, y guardan un sello propio inherente al relieve del suelo y al marco circundante.

Pavía, llana como la palma de la mano, conserva su espíritu medioeval y pintoresco por la catedral, bautisterio, campanil y cementerio, que se agrupan en un extremo huyendo del funesto urbanismo...

Sentarse ante un panorama espléndido, en la mesa de un café, ante el monumento que nos seduce; contemplarlo girando á su alrededor; tocarle—porque, como los niños, no se satisface la curiosidad, ni nos conformamos, sin tocar lo que se nos muestra desde lejos—tiene un encanto indescriptible, que se manifiesta al volver al hotel, maravillado por las sorpresas recibidas, como por no haber tenido necesidad de preguntar nada á nadie.

Quien se acostumbra á ir solo, á dar los primeros pasos sin planos ni guías, presentará la situación de los barrios típicos, el emplazamiento de los monumentos, *olerá* la historia. No se entienda por esto que las guías deban despreciarse, porque son provechosas; la mejor no puede ni debe bastar al artista, que escudriñará por sí sólo; pues la mayoría están escritas por el rebaño de turistas, que sólo se extasían ante los cuadros que el Beldeker señala con una estrella.

Caminar, sabiendo de antemano lo que vamos á encontrar, equivale á leer una novela conociendo las principales situaciones y el desenlace.

Caminar al azar, de sorpresa en sorpresa, es gustar todos los episodios, con dulce ansiedad y entregarse por entero á lo que se contemple.

He aquí por qué no seduce Venecia desde el primer día. Se ha prodigado tanto en descripciones literarias, en pinturas, en fotografías, en películas, que hallamos más pequeño á San Marcos, cambiado de color y situación al palacio de los Dux, fríos y faltos de misterio los canales. Todo vulgar y chico. Al respirar dentro de ella, sin prejuicios, al olvidar la perniciosa preparación, en días sucesivos, acaba por seducir. ¡Cuánto hubiésemos dado por no saber que existía!

Mucho más reducida, más modesta, no menos poética, es Brujas, la Venecia del Norte. ¡Cómo olvidar la primera exploración nocturna?

Sus diminutos puentes; sus vías de agua bordeadas por minúsculas casuchas de gabletes, que recogen las misteriosas siluetas de los viandantes; las mortecinas luces, que apenas se reflejan en la empañada linfa; sus tenebrosas reconditeces, todo dormía, vigilada por la fiera silueta del prominente *beffroi*, sin que lograsen turbar el silencio las armoniosas notas del carrillón.

¡Cómo no recordar los paseos sin rumbo, por Roma, el día aquel en que perdido en un laberinto de callejuelas sentí el rumor solemne de una inmensa cascada, que luego ví era la fuente de Treví, la *regina* de todas, de sorprendente teatralidad, en la que los bloques de rocas, que modelaban las aguas, se acordaban multiplicando su transparencia y su música?

¡Aquella era la obra del Neptuno de la arquitectura! ¡Hermosa lección del modo de armonizar el lenguaje del agua con las masas, dóciles á la virtuosidad del sentimiento arquitectónico!...

ANASAGASTI.

Arquitecto.